



Os transcribo el primer capítulo de mi libro esperando que os guste. En él explico con detalle mi experiencia con la enfermedad y como la superé totalmente. Pasados unos cuantos años de mis últimos síntomas, es un placer, compartir con todos mi investigación.

Doy permiso a divulgar este documento sin alteraciones.

Si deseáis contactar conmigo podéis agregaros a mi Facebook, entrad en:

www.facebook.com/alfred.blasi

MI LUCHA CONTRA LA FIBROMIALGIA

por
Alfred Blasi

'Luz y progreso en todas partes... pero
las dudas en el corazón,
lágrimas cuya razón no se sabe,
dolores que no se sabe qué son.'

Rosalía de Castro

INDICE

- Introducción
- Antes de la enfermedad
- Primeros síntomas
- Tratamiento multidisciplinar
- Buscando ayuda
- El rostro de la muerte
- Investigando por mi cuenta
- El remedio
- El producto
- Artículos y conferencias
- En la actualidad
- Epilogo
- Testimonios

INTRODUCCIÓN

Fibromialgia. Así se llama la enfermedad que destrozó mi vida. Un millón de españoles padecen esta dolencia y muchísimos millones más en todo el mundo. Algunos lo saben; otros, ni siquiera eso. Toda esa gente siente un intenso dolor cuando se levanta de la cama, cuando abraza a un hijo, cuando coge un vaso de agua. Eso es la fibromialgia: dolor. Un profundo y constante dolor expandiéndose a lo largo del cuerpo y a lo ancho del alma. En mi caso, los primeros síntomas aparecieron a principios de 1997. En aquel tiempo los libros de medicina ni siquiera mencionaban la palabra fibromialgia. Nadie sabía nada sobre lo que posteriormente se ha dado en llamar 'la epidemia urbana del siglo XXI'. Hoy todo ha cambiado. Afortunadamente.

La Organización Mundial de la Salud había descrito las particularidades de la fibromialgia pocos años antes de que me la diagnosticaran, así que la mayoría de médicos de urgencias que me trataron durante mi agonía ni siquiera había leído una línea al respecto. Jamás habían topado con un fibromiálgico, por lo que me miraban con recelo, a veces incluso con odio. Yo era el hombre que les hacía pensar en el fracaso de la medicina o, mejor dicho, en la distancia que todavía la separa de la Verdad. También era, según los apodos empleados por ellos mismos, 'el alien', 'el hipocondríaco', 'el chalado'... El motivo por el que me pusieron estos mote era, en parte, lógico: los primeros fibromiálgicos de este país simbolizábamos el fracaso y desconocimiento de una parte de la medicina. La ciencia no sabía cómo tratarnos, los doctores se encogían de hombros ante nuestras súplicas y los fármacos se demostraban inútiles. Algunos especialistas incluso nos dieron la espalda. Nos arrinconaban por las esquinas de sus hospitales y, mirándonos con una creciente desconfianza, anotaron el término 'hipocondríaco' en nuestros expedientes. En vez de documentarse sobre nuestra dolencia, en vez de exigir investigaciones al respecto, en vez de tratarnos con la prudencia que sin duda merecíamos, se parapetaban detrás de unas enfermeras que, sin saber cómo reaccionar ante nuestra presencia, nos administraban aspirinas.

La ciencia nos odió y odiados nos sentimos. Los doctores no soportaban la posibilidad de estar ante unos pacientes a quienes no sabían tratar. Tampoco toleraban escucharnos decir que sus recetas no servían para nada. Ni siquiera daban crédito a la posibilidad de que su adorada ciencia exacta –la medicina– pareciera una alquimia tan poco eficaz como sus soluciones –los medicamentos–. Así que nos desahuciaron, y en muchos casos pretendieron acallar nuestra necesidad de saber qué padecíamos diagnosticándonos cáncer, reuma, desequilibrio emocional, fatiga crónica o cualquier otra cosa. Como no sabían qué nos ocurría, nos asignaban diagnóstico a troche y moche, haciendo oídos sordos a nuestro deseo de comprender por qué nos encontrábamos tan mal. Sólo queríamos una explicación y nos daban aspirinas. Cuando intentábamos transmitir a los médicos cómo nos sentíamos, nos mandaban callar. Al parecer, ellos conocían nuestro dolor mejor que nosotros mismos y, aún así, sus intentos de curarnos fallaban una vez tras otra. No dudo que sus intenciones fueran buenas, pero les cegaba su incapacidad para aceptar que la medicina no es una ciencia exacta. Por suerte, esta actitud no era la propia en todos los profesionales. Había doctores que, al no encontrar un tratamiento efectivo y en un acto de contrición digno de encomio, reconocían la fragilidad de sus conocimientos. Evidentemente, esto provocaba una reacción extraña entre los pacientes, ya que el hecho de que confirmaran su falta de información resultaba aún más desconcertante. De cualquier modo, siempre agradecí esta actitud sincera y acepté de buen grado los distintos tratamientos sugeridos para mi mejoría.

La fibromialgia es una dolencia generalizada. Afecta a todo el organismo. Es decir que su origen no está localizado en ningún punto concreto del cuerpo. No es un problema de hígado, de corazón o de pulmones, por lo que la medicina, que de tan segmentada parece haber olvidado que el hombre es la suma de sus partes, se demostraba más que ineficaz. Muchos de los facultativos con quienes topé jamás me vieron como un individuo entero, sino como un montón de piezas que podían tratarse independientemente las unas de las otras. Por eso tuve que ser yo mismo quien buscara la solución. Soy informático y no poseo más conocimientos químicos que los que me enseñaron durante el bachillerato. Sin embargo, el dolor,

la soledad y la desesperanza me llevaron a asumir que nadie podría ayudarme tanto como yo mismo. La medicina fracasó estrepitosamente conmigo, así que decidí que fuera el hombre –y no el médico– quien se enfrentara a la enfermedad. Ese fue mi caso: el de un individuo con ganas de seguir viviendo; el de un ser humano capaz de curarse a sí mismo; el de un informático sin más conocimientos que los aportados por el deseo de existir; el de un hombre sencillo que encontró una fórmula química capaz de devolver la esperanza a millones de personas cuyo dolor les robó tiempo atrás la ilusión, la esperanza y, en algunos casos, la vida.

La Organización Mundial de la Salud ha definido la fibromialgia como una ‘enfermedad reumática crónica’ cuya característica principal es un dolor generalizado en todo el cuerpo y cuyos principales afectados acostumbran a ser mujeres. Sin embargo, el documento de la OMS no explica qué provocaba dicha dolencia, ni tampoco cómo se erradica, ni siquiera cuáles son sus auténticos síntomas. Esa definición se limita a dictaminar el método a seguir para diagnosticarla. Nada más. No habla de remedios ni de medicamentos porque, pese a haberla detectado, la ciencia no sabe a qué se enfrenta. Además, hasta hace pocos años muy pocos ciudadanos habían oído la palabra fibromialgia, y aún hoy mucha gente tuerce el gesto ante el término. La población no ha leído casi nada al respecto, pero más de un millón de españoles padecen la enfermedad, además de veinte millones de estadounidenses y quince de europeos. Para comprender este dato, tan sólo hay que saber que setecientos mil españoles están enfermos de Alzheimer. Si la fibromialgia supera a los afectados por Alzheimer, ¿por qué se ha dado más importancia a esta mal que a aquel otro? Pues porque el origen del Alzheimer está en el cerebro y, por tanto, puede ser investigado por los neurólogos, mientras que la fibromialgia no tiene una sede concreta en el cuerpo humano. No está ni aquí, ni acá, ni acullá. Si no en todas partes y en ninguna a la vez. Se trata de una enfermedad que debe ser investigada por un médico cuya especialidad sea el hombre. No una parte del hombre, sino el hombre en su

conjunto. Desgraciadamente, quedan pocos doctores con una visión global del organismo humano. La ciencia se ha obsesionado en segmentar a las personas. Los facultativos ya no miran a los individuos como un solo organismo, sino como la unión de unos miembros que pueden desunirse para ser tratados independientemente los unos de los otros. Si el corazón se detiene, se coloca un marcapasos; si el ojo desfallece, se gradúan las gafas; si la rodilla cruje, se opera la rótula... Pero, ¿qué ocurre cuando el enemigo ataca al cuerpo entero y no se localiza su punto de origen? Pues que la ciencia se bloquea. Que no sabe actuar. Que las recepcionistas de los hospitales no saben a qué departamento dirigir la llamada –esto, aun pareciendo una tontería, tiene una importancia capital–. Que te arrinconan. Y, por resumir, que te desahucian.

Los ciudadanos del siglo XXI vivimos angustiados ante la posibilidad de perecer por culpa del cáncer, de una angina de pecho o de un accidente de tráfico, pero no nos preocupamos por las dolencias cuyos nombres desconocemos. Así que, mientras la sociedad sigue obsesionada por los asuntos de los que ha oído hablar, cientos de miles de personas padecen otros problemas que, olvidados por la prensa y silenciados por los propios afectados, parecen no existir. Hace algún tiempo un amigo me dijo que jamás comía alimentos cuyos nombres ignoraba. Me comenté aquello en una verdulería mientras miraba una hortaliza que ambos desconocíamos. Años después estuve a punto de rechazar la posibilidad de que yo padeciera una enfermedad de la que casi no existía información. Sin embargo, estoy convencido de que ha habido fibromiálgicos durante toda la historia de la humanidad. Quizás actualmente existan más casos por culpa del ritmo de vida que llevamos, pero los libros de medicina describen a enfermos con dolores musculares generalizados desde hace más de doscientos años. Dolencias que antiguamente debían clasificarse bajo la expresión ‘enfermos imaginarios’ y que en muchas ocasiones eran tildadas de pura chaladura. Todas las enfermedades que han aquejado al ser humano han pasado por un proceso de resolución que siempre partía de la ignorancia. Por ejemplo: los antiguos romanos ya morían de tuberculosis, pero hasta hace poco se la consideraba un mal psiquiátrico. Con el paso del tiempo se descubrió que la tuberculosis era una infección producida por

un bacilo y, por tanto, que debía tratarse desde un punto de vista físico, y no psíquico. Con la fibromialgia ocurre algo similar. Al principio se la calificó como 'enfermedad atípica', pero llegó un momento en que los hospitales tuvieron tantos casos de 'reumatismo atípico' que la OMS aceptó la existencia de una nueva enfermedad. Tras este primer paso, se establecieron criterios comunes de diagnóstico que, al final, derivaron en la inclusión de la fibromialgia dentro de la especialidad de Reumatología, aun cuando mucha gente cree que no debería estar en ese sector de la medicina. Aún así, la enorme cantidad de gente que estaba siendo tratada erróneamente en distintos departamentos de los hospitales empezó a hacer cola ante los nuevos departamentos de fibromialgia. Para sorpresa de los facultativos, la deserción de enfermos fue masiva. Los especialistas en reumatología han visto como decenas de pacientes se dirigían a esos nuevos departamentos y los mismos médicos han quedado asombrados ante la cantidad de errores que había en sus primeros informes. Evidentemente, dichos errores provenían de la ausencia de criterios para diagnosticar la fibromialgia, así que, salvo en el caso de los doctores que perdieron la ilusión y que olvidaron la vocación, esos diagnósticos equivocados no eran más que el resultado de una ciencia a la que aún le queda mucho por aprender.

De cualquier modo, certificar que alguien padece fibromialgia es harto difícil. Normalmente las enfermedades se diagnostican tras realizar un cúmulo de pruebas cuyos resultados revelan el mal funcionamiento de cierto órgano. Sin embargo, en esta dolencia el diagnóstico se realiza por descarte. O sea que se realizan análisis que confirman la salud de cada uno de los órganos, y una vez se comprende que el paciente debería de estar sano pero que, aún así, presenta claros síntomas de dolor, se certifica la fibromialgia. Pese a esto, la OMS ha definido ciertos puntos del cuerpo que, sometidos a una presión determinada, provocan dolor. Esos dieciocho puntos son hoy la base del diagnóstico. En mi caso, los malestares rozaron tales cotas que permanecí semanas enteras en la cama. Cualquier esfuerzo físico me causaba enormes molestias. Mi familia observaba mi degradación sin entender qué me ocurría; mis hijos querían saber si me iba a morir; mis amigos contemplaban mi degradación física anonadados; y un

cura incluso me convenció para que recibiera el sacramento de la Unción de los Enfermos. Por si las moscas, me dijo. El dolor no impidió que me desplazara hasta la iglesia y, mientras el sacerdote recitaba sus oraciones, mis dos hijos me miraban extrañados. Lo que en principio parecía una mera gripe se había convertido en una enfermedad que me llevó hasta aquel sacramento. Sin embargo, la ciencia se empeñaba en que mi dolencia no existía. Muchos doctores me recomendaron visitar al psiquiatra, insinuándome que en verdad no padecía enfermedad alguna; otros me obligaron a repetir pruebas a menudo humillantes con la finalidad de encontrar una sola pista que les permitiera emitir un diagnóstico; y alguno más se atrevió a asegurarme que probablemente padecía cáncer. Nadie tenía la más mínima idea de qué era lo que me estaba destrozando la vida y yo me sentía como un pelele en manos de unos científicos incapaces de ayudarme, por más buenas intenciones que demostraran. Aunque algunos pusieron todo su empeño, no pudieron hacer nada por mí y hoy, echando la vista atrás, no puedo más que agradecerles que, cuanto menos, lo intentaran.

En aquel tiempo yo tenía treinta años y, hasta el 12 de octubre de 1996, era un hombre como todos los demás. Había contraído matrimonio con la mujer junto a quien pasé gran parte de mi adolescencia, me había convertido en padre dos chiquillos y, además de dar clases de informática en la facultad de turismo de Reus, había levantado una escuela de informática con el sudor de mi frente. En aquella época yo no aspiraba a nada más que a un poco de felicidad y, de alguna manera, casi lo había conseguido. O al menos eso creo en la actualidad. No cabe duda de que la enfermedad y los años que he pasado postrado en una cama hacen que hoy valore positivamente los logros de aquel entonces, así que quizá deba agradecer a mi dolencia el hecho de haber aprendido a disfrutar las pequeñas cosas de la existencia: un paseo con uno de mis hijos montado sobre mis hombros, una mirada de confianza en la sala de un hospital, una esposa capaz de sacar fuerzas de flaqueza y, más sencillo pero al mismo tiempo más importante, un cuerpo sin dolor. Y es que a finales de 1996 mi organismo se convirtió en mi peor enemigo. Una gripe hizo que permaneciera en cama durante varias semanas y, aunque al principio no le di la importancia que sin duda

merecía, a partir de entonces me convertí en un hombre obligado a luchar contra una enfermedad desconocida. Antes yo era el ser humano que me sentía abandonado por una comunidad científica a mi entender encerrada en su propia prepotencia; hoy soy un individuo que diseñó un compuesto químico capaz de curarle. Y, por encima de todo esto, soy un hombre sano. Así que mi historia no es más que la de alguien que aprendió a luchar por algo que no debe permanecer en manos de los demás: su propia vida.

Por eso elaboré mi propia teoría respecto a la fibromialgia. Estoy convencido de que esta enfermedad viene propiciada, principalmente, por situaciones desmesuradas de estrés. No me refiero a la angustia existencial cotidiana, sino a las circunstancias capaces de sobrepasar nuestra propia resistencia. Acontecimientos que nos machacan emocionalmente, como la muerte de un familiar, la ruina económica o la pérdida de algo que estimamos en demasía. También creo que la fibromialgia puede aparecer por culpa de una infección que venza las defensas de nuestro sistema inmunológico. Un virus o una bacteria tan potente que nos pueste en cama durante semanas, que nos obligue a visitar al médico o que nos produzca una fatiga demasiado exagerada como para ser superada con mero reposo. Cualquier infección que nos haga perder nuestras reservas de iones durante un periodo de tiempo prolongado puede degenerar en fibromialgia. También sé que la dolencia puede originarse por culpa de un accidente que nos traumatice tanto corporal como psíquicamente, así como por un esfuerzo físico prolongado en el tiempo. Cualquiera de estos cuatro motivos – estrés, infección, trauma o esfuerzo físico prolongado– pueden provocar una pérdida desmesurada de iones que nos convierta en fibromiálgicos. Seguro que existen muchas causas más. Nuestros cuerpos no están preparados para soportar situaciones extremas, así que las afrontan sacando fuerzas de la última reserva iónica que posee: las células musculares. Ahí está la clave tanto de mi enfermedad como, a mi entender, de muchas otras. Cada individuo afronta los problemas o infecciones según su propia personalidad y según su propio sistema inmunológico, por lo que no se debe deducir que existe, por así llamarla, una escala de problemas. Una circunstancia que a mí podría deprimirme puede no

afectar en absoluto a otra persona. Cada ser humano es un mundo, y cada mundo responde de un determinado modo ante una situación concreta. Sin embargo, sea cual fuere el hecho que debilita nuestro cuerpo, el organismo siempre reacciona igual: echando mano a unas reservas que, por desgracia, son finitas. Si la pérdida de elementos químicos (sobre todo de minerales) no es exagerada, con unas semanas de reposo y una dieta adecuada el individuo recuperará las reservas empleadas para hacer frente al problema. Pero si la pérdida de iones es enorme, el almacén de 'energías' quedará vacío y, antes de que las células vuelvan a alimentarse, el hombre caerá enfermo. Y es que el desgaste de las células puede ser tan grande que éstas ni siquiera tengan fuerzas para volver a equilibrarse. Será entonces cuando nos encontremos ante un cuadro de fibromialgia severa. O sea, mi caso. Según mis propias deducciones, el único método para llenar de nuevo ese almacén será ingerir un suplemento alimenticio que proporcione los minerales perdidos de la forma más sencilla posible. Así de sencillo y, a la par, así de efectivo.

El organismo humano ha gastado demasiados iones y necesita recuperarlos. Un ión es un elemento químico puro de carga negativa o positiva. La mejor forma de que el cuerpo asimile de nuevo dichos componentes es proporcionándoselos en forma de sales, es decir en forma de compuesto químico que posea iones - normalmente un anión (de carga negativa) y un catión (de carga positiva)- capaces de disociarse al entrar en contacto con el agua y de adentrarse directamente en el torrente sanguíneo, distribuyéndose con suma facilidad por todo el cuerpo humano. Los iones sirven para casi todas las funciones del organismo. Incluso se podría decir que 'la bomba de la vida' está compuesta por aniones y cationes. Nosotros mismos somos un cúmulo de esos elementos. Aunque las sales minerales que yo he combinado para vencer mi fibromialgia sirven para muchas otras cosas, sólo me interesaba encontrar una combinación que actuara sobre la contracción/relajación de la musculatura y sobre la gestión de los impulsos eléctricos que se transmiten desde nuestro cuerpo. Por eso combiné sodio, potasio, calcio y magnesio. El resultado fue que los médicos me han devuelto el alta laboral, cuando meses antes habían firmado mi baja laboral permanente por

incapacidad absoluta. Yo estoy sano. Nunca he dicho que mi compuesto alimenticio sea un medicamento, ni que pueda devolver la estabilidad a todos los fibromiálgicos. Lo único que aseguro es que a mí me ha curado, y que conozco a miles de personas que vuelven a recuperar su vida anterior gracias a mi fórmula. Hace más de cinco años que no ingiero nada. Ni morfina, ni metadona, ni antidepresivos. Ni siquiera mi propio compuesto (salvo cuando voy a hacer deporte, ya que es un excelente recuperador del tono muscular). Soy un hombre sano que juega a fútbol con sus hijos, algo que hasta hace unos pocos años resultaba del todo impensable.

Sin embargo, conozco a muchas personas que ni siquiera pueden andar. La escasez de los cuatro minerales que sus células perdieron les impide avanzar tanto física como mentalmente. No se morirán, porque la fibromialgia no mata, pero algunas estarán postradas en sus camas quizá de por vida. En palabras de algún agorero: 'La fibromialgia no es una condena a muerte, pero sí una condena a cadena perpetua'. (Personalmente, creo que esta es la mayor estupidez, amén de crueldad, que alguien pueda aseverar). Ante semejantes afirmaciones, muchos afectados piensan en suicidarse, otros entran en depresiones agudas y algunos más consiguen que sean sus familiares quienes caigan en pozos llenos de tristeza. Y todo por dos motivos: la lentitud de la ciencia a la hora de certificar mi curación, así como la eficacia de mi fórmula (lo cual permitiría que mi compuesto fuera recetado por los propios médicos), y la mala alimentación del siglo XXI. Y es que la comida ya no aporta los nutrientes de antaño. Los seres humanos somos animales cuya evolución ha dependido de lo que la tierra nos daba. Sin embargo, la industria actual manipula esos productos para producir más cantidades de peor calidad. Eso hace que los humanos seamos animales desplazados que comen más, pero que se alimentan menos. Más carne, pero menos proteínas; más verduras, pero menos minerales; más pescado, pero menos vitaminas. Hace siete años nadie pensaba que la fibromialgia debiera tratarse a partir de la nutrición, pero ahora no se concibe de otra manera. En la actualidad, todos los tratamientos multidisciplinares de los hospitales del mundo entero incluyen especialistas en nutrición que tratan de mejorar los hábitos alimenticios de los pacientes. No se

trata de cambiar la comida, sino los hábitos y pautas de alimentación para conseguir que el enfermo tome productos más sanos, equilibrados y dispares. O sea, para que coma de todo en cantidades suficientes.

Desgraciadamente, los alimentos jamás podrán revertir una fibromialgia severa, entre otras cosas porque, como ya se ha apuntado, las células desequilibradas no tienen 'fuerza' para absorber los nutrientes que les faltan. Por eso mi teoría apunta la idea de que los enfermos deben ingerir los minerales que les faltan de un modo externo: mediante compuestos de sales minerales. Si un afectado intenta ingerir dichos minerales a través de los alimentos corrientes, su organismo no conseguirá digerirlos antes de que el cuerpo los haya eliminado naturalmente. Una cosa es tomar directamente un mineral consiguiendo que los iones que lo componen se disocien rápidamente, y otra que esos componentes entren a través de la larga cadena de iones que forma cada alimento. Dicha cadena tiene que romperse lentamente dentro del estómago y a menudo el cuerpo defeca los restos de la comida antes de que dicha ruptura se haya producido. Por tanto, los minerales ingeridos desaparecen antes de lo necesario para un fibromiálgico y la única solución es tomarlos en estado puro –sin cadenas que el estómago deba desatar–, por ejemplo en forma de dosis que contengan una mezcla adecuada y proporcionada de sales minerales. Aunque parezca demasiado simple, para saber la proporción de sales que debía tener cada porción de mi preparado sólo tuve que leer varias enciclopedias. Me informé sobre la cantidad de sodio, potasio, calcio y magnesio que contenía una célula sana, para después crear una mezcla que contuviera la cantidad proporcional de sales a ingerir, por supuesto todas con un peso molecular lo suficientemente bajo como para que las células pudieran absorberlas rápidamente. Y todo ello desde el absoluto convencimiento de que dicha fórmula sólo es una parte de la solución... Cada persona precisara de uno, dos o mil abordajes para recuperar totalmente la salud. Me conformo pensando que mi fórmula es una parte de dicho camino.

En la actualidad se están llevando a cabo varios estudios rigurosos (otros ya han terminado) que tratan de avalar mi teoría sobre los iones en las células musculares. Aunque muchos médicos han aplaudido mis conclusiones, algunas

personas se han mostrado recelosas ante la posibilidad de que yo, un hombre sin preparación científica, haya elaborado un compuesto en la cocina de mi casa. Evidentemente, esta gente no sabe que durante meses leí todo lo posible sobre el funcionamiento de la musculatura humana. Además, mis estudios siempre se basaron en la idea que Manuel Patarroyo, científico que descubrió una vacuna contra la malaria acallada por la industria farmacéutica, difunde constantemente: la solución a muchas de las grandes enfermedades está en la química básica. Cuando leí por primera vez esta opinión, pensé que yo también tenía conocimientos de química básica, me refiero a los aprendidos en el bachillerato. Y tenía razón.

Evidentemente, determinados elementos de la medicina se niegan a reconocer que un neófito haya encontrado una solución sentado en el taburete de su casa. La mayoría de médicos no conciben que un gran problema como pueda ser la fibromialgia sea solucionable mediante una pequeña fórmula. Sus mentes sólo relacionan los grandes problemas con las grandes soluciones. Y ése es el auténtico gran problema de la medicina: que se ha especializado tanto que olvida las bases de su propio conocimiento; que se ha enrevesado tanto que desprecia las pequeñas fórmulas; que se ha alejado tanto de su propia premisa –curar, curar y curar– que se centra en los síntomas y no en las enfermedades en sí. Cuatro elementos químicos puros han vencido a mi dolencia y, cuando me preguntan cómo lo hice, respondo que nada es tan complicado como parece. Ni siquiera el cuerpo humano. Hoy estoy curado. Y puedo mostrar la diferencia entre mi modo de actuar y el de la ciencia ‘establecida’ con un ejemplo muy claro: se ha descubierto que los enfermos de fibromialgia tenemos un déficit en la elaboración de hormonas del crecimiento. ¿Cómo afronta la medicina tamaño problema? Pues administrando hormonas artificialmente. ¿Cómo lo afrontaría yo? Pues estudiando el motivo por el cual no producimos dichas hormonas y actuando sobre esa causa última. Es posible que los dos consiguiéramos el mismo resultado, pero en mi caso sería mi propio cuerpo quien volvería a producir dichas hormonas, mientras que en el de ellos sería la industria farmacéutica la que las produciría. Mi solución consigue que el organismo recupere su capacidad para generar energía; la de

ellos convierte a un montón de pacientes en consumidores de por vida. Consumidores de pastillas para dormir, grageas para aliviar los dolores musculares, fármacos para aumentar la irrigación sanguínea en el hipotálamo y un larguísimo etcétera que, a la postre -y como era mi caso-, se traduce en unos doscientos euros mensuales en medicamentos. Doscientos euros de por vida. Eso sí que es consumismo.

Cuando conseguí dar con la fórmula idónea, me puse en contacto con varias asociaciones de afectados de fibromialgia para proponerles que, uniendo fuerzas y ahorros, produjéramos el compuesto gratuitamente. Sin embargo, algunos de esos colectivos (muy pocos, la verdad) me dieron la espalda asegurando que nunca apadrinarían algo no avalado por la medicina oficial. Estas mismas asociaciones no dudaban en aconsejar otros tratamientos sin validez científica como la acupuntura, la homeopatía, el reiki, etc., pero se negaban a escuchar a un hombre que, habiendo sufrido una fibromialgia severa, ahora jugaba a fútbol. Les expliqué que mi intención era que los hospitales iniciaran protocolos de investigación para que mi compuesto diera el salto de la categoría de 'suplemento alimenticio' a 'medicamento' (para que así fuera la Seguridad Social quien lo pagara). Pero me mandaron a paseo. Luego acudió a mí un 'subastero farmacéutico' que me extendió un cheque por cientos de miles de euros diciéndome que, si le vendía la patente y me callaba de por vida, sería millonario. En este caso fui yo quien le mandó a paseo. Por suerte, al final conseguí un laboratorio dispuesto a distribuir el preparado a un precio razonable y a invertir parte de los beneficios en investigación y desarrollo de nuevos productos para fibromiálgicos. Ahora sólo espero que la ciencia continúe avalando el producto y que éste pueda ser vendido al mínimo precio posible.

Alcanzar las conclusiones a las que yo llegué no fue fácil. Decenas de médicos trataron de desmoralizarme (muchos involuntariamente) diciéndome que no enloqueciera buscando soluciones a algo que a su entender era irreversible. Por

suerte no les hice caso. No quiero criticar a nadie. De hecho, entiendo que muchas personas desconfíen de alguien que asegura haber encontrado una fórmula que ayuda a solventar una de las mayores enfermedades del siglo XXI. En su caso, yo haría lo mismo. Sin embargo, estoy en disposición de retar a quien quiera jugar un partido de fútbol conmigo. Creo que eso sería una prueba irrefutable. Hace varios años yo poseía un certificado que avalaba mi incapacidad para todo esfuerzo físico. Hoy corro maratones de aficionados. Mi compuesto me ha curado. Ahora sólo pido que continúe estudiándose para que todos los enfermos recuperen la sonrisa. Nada más. No quiero fama. Ni reconocimiento. Ni dinero. Solo pretendo que se difunda la idea de que un hombre, al menos uno, está sano. Tampoco me preocupa la posibilidad de que la ciencia se apropie de mi idea. Sé que cientos de medicamentos fueron descubiertos por personas que nada tenían que ver con la ciencia. El 'aceite de la vida' proviene de unos padres que querían devolver la movilidad a su hijo; los aparatos que hoy se usan para succionar sangre fueron ingeniados por un mecánico de coches que quería sacar el aceite de los motores sin tener que estirarse en el suelo; y la solución a la fibromialgia fue elaborada por un informático que deseaba recuperar la fuerza suficiente como para coger a sus hijos en brazos. Pero, cuando alguien acude a una farmacia para hacerse con alguno de esos productos, nadie le dice que fueron creados por gentes que sólo querían tener una vida más cómoda. No me importa. Que las farmacéuticas se apropien de mi idea; que los laboratorios cambien el nombre de mi compuesto; que los médicos rediseñen la fórmula alterando un mero elemento... Pero que lo difundan. Que ayuden a los afectados. Que los fibromiálgicos recuperen la esperanza de correr una maratón de aficionados. Porque esa esperanza ya es mucho.